



Después de la jura de sus cargos, los nuevos ministros y ministros con nueva cartera, junto al presidente, el notario mayor del Reino y el Rey. De izquierda a derecha: Iñigo Cavero, José Luis Álvarez, Juan José Rosón, Sebastián Martín-Retortillo, Adolfo Suárez, el Rey don Juan Carlos, Salvador Sánchez Terán, Ignacio Bayón, José Pedro Pérez-Llorca, Rafael Arias-Salgado, Luis Gámir y Juan Antonio Ortega y Díaz-Ambrona.

ENTRE LA HISTERIA Y LA HISTORIA

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

Si se comprueba que en las recientes elecciones autonómicas el conjunto de la izquierda ha perdido cerca de medio millón de votos, más de cuatrocientos mil los socialistas y alrededor de unos ochenta mil los comunistas, los cientos de miles de manifestantes del 1 de mayo son una importante cifra cuantitativa y cualitativa; sobre todo teniendo en cuenta el serio enfrentamiento habido en el seno de las fuerzas populares durante el primer semestre del presente año. Pero si se observa que esta manifestación era simultánea con el desenlace de la remodelación gubernamental y previa al debate parlamentario del próximo día 13, hay que constatar lo insuficiente de este avance en la unidad de acción; máxime si en Sevilla los socialistas, al romper la jornada unitaria, se sumaban a sus compañeros de Barcelona, Oviedo y La Coruña, que ya inicialmente habían decidido no convocar conjuntamente con los comunistas.

Así, el 1 de mayo no nace un Gobierno muerto, sin un proyecto programático y económico, sino que se evidenciaba, una vez más, una izquierda paralizada, a la defensiva, sin un proyecto político común frente a la involución de toda la derecha ni un programa económico alternativo. A pesar de que el nuevo equipo ministerial de Adolfo Suárez acentuaba la perspectiva involucionista, como no podía ocurrir de otra forma, la izquierda desaprovechaba esta festividad histórica para contestar alternativamente a un Gobierno en el que han desaparecido hasta los que sin escrúpulos de ninguna clase servían de taparrabos "socialdemócratas" de una política francamente regresiva. Frente a un Gobierno vivo y coleando, con una línea política y un programa económico bien definido al servicio de unos intereses muy concretos, el importante paso unitario de la izquierda llegaba tarde y a destiempo. El desfase entre el ritmo de la evolución política derechista y el "timing" de la recomposición de la unidad de acción de la izquierda anulaba "per se" lo ganado por socialistas y comunistas durante esta jornada unitaria de las fuerzas populares.

Ausencia de adecuación motivada por la persistencia tenaz y reiterada de corrientes histéricas en el bloque popular. La composición del nuevo Gobierno es una derrota en toda línea del análisis de estas tendencias freudianas, que reducen todo el problema del país a la supuesta poca vergüenza de Suárez o ineptitud de Abril

como toda la problemática Internacional a la presunta locura de Carter, pero no es ninguna victoria de las corrientes históricas que hacen un análisis de clase de toda la situación política nacional e internacional, rehusando entrar en las interpretaciones psicológicas que olvidan conceptos tan imprescindibles como la lucha de clases o la naturaleza agresiva y belicista del imperialismo.

¿Dónde está el conde don Julián?

De ahí que la constitución del nuevo Gobierno no haya tenido la respuesta adecuada durante este 1 de mayo. Quienes dan prioridad a la lucha parlamentaria sobre la lucha de masas han cargado y limitado el alcance de esta manifestación para que quedase más como una amenaza que como una realidad de cara a la confrontación en el Congreso de los Diputados a mediados de mayo. En el fondo se trataba de blandir la espada de la unidad de acción de la izquierda "ma non troppo" para estimular al hipotético conde don Julián que desde dentro de las cavernas del partido gubernamental surgirá para poner fin al dragón Suárez y... colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

Pero es este cuento el que ha impedido que el 1 de mayo fuese la preparación de masas adecuada al debate parlamentario del 13 de mayo. Cuento que está costando muy caro a la izquierda, no tardaremos en comprobarlo en la votación parlamentaria de la semana próxima, y que es muy rentable para la derecha, que sucesivamente, desde los diez últimos años del franquismo, va soltando presuntos disidentes —ahora es el turno de Francisco Fernández Ordóñez— sobre el que saltan algunos sectores de la izquierda con toda clase de zalamerías, halagos y proposiciones deshonestas con la vana esperanza de detener los procesos históricos. Hay una larga lista de personajes discrepantes de la derecha, que van desde Ruiz-Giménez al conde de Motrico pasando por Gil-Robles, que una y otra vez parte de la izquierda los ha transformado en el conde don Julián que les abriera la puerta legal, política o económica,

para evaporsarse rápidamente en cuanto se ponían en juego problemas esenciales para la clase a la que pertenecen y sirven con eficacia.

De esta forma, la unidad con pinzas de este 1 de mayo, la izquierda que no pudo impedir la salida reformista de la dictadura ni supo codrigir el proceso constituyente, no va a poder ni saber frenar la peligrosa involución autoritaria que está desarrollándose en nuestro país. La ya muy larga espera del conde don Julián, que no apareció en los últimos años del franquismo ni en la reforma o período constitucional, va para largo, porque, previsiblemente, tampoco va a elegir el momento de una seria crisis económica para hacer su aparición. Ni la Virgen de Fátima lo va a resucitar el próximo 13 de mayo. Pero sí es su fantasma el que ha puesto un decisivo techo a este 1 de mayo y quien despejará el camino para la consolidación del doble proyecto político-económico de toda la derecha: aplicación rígida del Plan Económico a través de un Gobierno autoritario sostenido por un pacto de legislatura tácito o expreso, estructural o coyuntural, de todos los grupos parlamentarios de la derecha.

Una torre de Babel y de papel

Por ello hubiera sido imposible exigir más a este 1 de mayo. Demasiado importante ha sido, con toda su ambigüedad e insuficiencia encima, como para pedirle lo que no podía dar. Si esta festividad no ha estado a la altura que las exigencias políticas requerían se debe, sobre todo, a que la izquierda en su conjunto es una torre de Babel, donde nadie se entiende, y una torre de papel, sin fuerzas, para bloquear la coherente, hábil e inteligente estrategia ofensiva político-económica de toda la derecha.

Las consecuencias de este doble fenómeno político no vamos a tardar en experimentarlas y sufrirlas. Esta manifestación ha sido para la derecha un "test" sobre la capacidad política, organizativa y combativa de sus adversarios. Y hay que reiterar, en honor a la verdad, que en ninguno de los tres planos —sobre todo, el primero— ha podido constatar una probabilidad de seria resistencia a sus inmediatos planes socioeconómicos. Lo que no ocurrirá hasta que la izquierda haga con el cadáver del conde don Julián lo que Joaquín Costa proponía hacer con el del Cid: enterrarlo en un sepulcro bajo siete llaves. ■